

Don Quijote y las armas.

Por Ibáñez Marín.





DON QUIJOTE Y LAS ARMAS

SEÑORAS Y SEÑORES:

Don Antonio de Isunza y D. Juan de Gamboa, caballeros principales, muy discretos y estudiantes en Salamanca, determinaron dejar sus estudios por irse á Flandes, «llevados del hervor de la sangre moza y del deseo, como decirse suele, de ver mundo, y por parecerles que *el ejercicio de las armas, aunque arma y dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre...*»

Por tan alto concepto de la profesión militar, que cual Miguel de Cervantes Saavedra, sintieron los espíritus sazonados del siglo xvi, singularmente en su segunda mitad, fué la Milicia de aquel tiempo constituida por los elementos más esenciales de nuestra raza, asilo del honor y foco de energías heroicas, pala y capa de toda viril empresa, refugio de cuanto brotaba recio, virtuoso y genial, lo característico en fin de la tierra, vivificado por la sangre roja y pletórica de nuestros abuelos.

Entonces, como en los períodos todos de auge y de gloria de los pueblos, no había, como no habrá que dudar jamás, «que este arte y ejercicio de las armas, excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima, cuanto á más peligro está sujeta».

Ahí está el toque de todas las maravillas históricas que cautivaron nuestro ánimo y que sumen en la pena el hoy alestargado, mejor que abatido, espíritu de nuestro pueblo; él entraña la filosofía de las grandezas en la antigüedad y en los tiempos modernos, desde Aníbal á Oyama. Cuando, arriba, en los Estados Mayores de las naciones, existen con-

vicciones semejantes para lo que atañe á la formación de Instituciones generadoras de fuerzas espirituales, de núcleos de hombres apercebidos, capaces, de aliento generoso y fiero, se dan empresas tan homéricas como las que guardan en sus anales remotos, los dos pueblos maestros de la antigüedad clásica; cual las realizadas por los españoles desde la pampa americana á las ciénagas frías de la Frisia, y desde los arenales africanos á las islas del Pacífico, en nuestro gran ciclo militar; como las que han ejecutado, finalmente, casi en nuestros días ya, los prusianos y alemanes del Rey filósofo y de Guillermo el Grande, y ahora mismo, en las clásicas tierras mandchuas practican ante el asombro del Universo, hombres condenados hace un cuarto de siglo, á vivir la vida triste y baja de los pueblos acéfalos ó con dirección social estúpida, ignorante y cobarde.

Sintiendo con la virilidad vibrante y altanera de su tiempo, aquel soldado de la Infantería española quería que se le quitasen de delante «los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas», porque á los tales les diría, sean quienes se fueran: «que no saben lo que dicen, porque la razón que los tales suelen decir, y á lo que ellos más se atienen, es, que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas, ó como si en estas que llamamos armas, los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento, ó como si no trabajasen el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo».

Sentencia tan honda, tan humanamente científica es la que hoy, en términos más técnicos y precisos, tienen en sus portadas las Escuelas todas donde se preparan los viveros del alto mando militar y marítimo, en aquellos pueblos felices donde el presente serio, laborioso y altruista, es prenda de porvenir próspero y honroso. La ciencia y el carácter, el arte corajudo del guerrero y su energía ética en consorcio viril, dieron de sí las proezas que burla burlando nos suele recordar, con lucidez de cronista excelso,

nuestro pobre arcabucero de Lepanto; ese maridaje fecundo, produjo, allende y aquende los tiempos, los ejemplos que ornamentan la historia de todas las razas. ¿Cómo, si no, podríamos venerar hoy, unos, á los Alvarez de Castro, los Palafox, los Menacho y los Santocildes, y respetar, todos, los nombres de los Djerzar y de Osman Pachá, de Massena y de Philippon, del mejicano Ortega, de Kornilof, de Tottleben y de Stoessel?

En la puja luminosa establecida por el hidalgo, entre las letras y las armas, quería Cervantes justificar el mayor trabajo espiritual del guerrero, cosa, que en todo linaje de actividades se viene á conocer «por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intención se ha de estimar en más, que tiene por objeto más noble fin». Y aun reconociendo para las letras un fin generoso, alto y digno de gran alabanza, entendía que «no era de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida».

Pensamiento que descansa sobre basa tan fuerte, cual ese de la alta previsión del Estado, no hay que extrañar lo recojan desde el romano de Augusto, al mercader ó industrial del Támesis, del Elba y del Delaware, cristalizándolo en Instituciones de recia moral, espléndida y abundantemente cuidadas y cuya divisa, antes, como ahora y como siempre, en tanto la humanidad se componga de hombres con alma, sangre y nervios, será, la de aquel peón de la galera *Marquesa* «en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros», abatido por la enfermedad y devorado por la murria de sus quebrantos: empujar hacia adelante por el orgullo personal y de casta; dar la sangre y la vida presta y gustosamente, pues «el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga».

Ningún ejército del mundo ha tenido, y puede asegurarse, habida cuenta de cómo hoy es la guerra, tendrá tampoco en lo porvenir soldados de individualidad más acen-

tuada que los que formaban los Tercios Viejos de la Infantería española, por los años en que pasó muestra en sus filas Miguel de Cervantes.

Recorred con la memoria nuestra rica literatura de la época: pocas son las novelas picarescas ó lastimosas, las relaciones, entremeses y comedias, donde no figure un soldado, quien á las veces, constituye el personaje primero de la trama, que se desgarrá de su casa por inclinación hacia el oficio, ó por huir de los enojos del marido, del hermano ó del padre ultrajados en la persona de sus mujeres, hermanas ó hijas; en ocasiones, llevado de los pujos de hidalguía y de las ansias de gloria, de tan extensa raigambre en la raza hispana; otras, por trocar Salamanca por Bruselas, aparecían terciando la pica ó llevando gentilmente el mosquete, en Italia, Alemania ó Flandes..

Hidalguillo de aldea, tercerón avinagrado y aventurero, villano de nobles pensamientos por su mayor parte, aparece este soldado singular en los tiempos de Carlos I, de Felipe II, y aun en los desaliñados y ruines de Felipe III y Felipe IV, «reemplazando con su personal valor cuanto faltaba á sus Reyes de buena política; á su tierra, de recursos; á su Patria, en conclusión, de cualidades nativas para ser lo que quiso y con efecto fué, contra los decretos de la naturaleza» (1).

Cuidaron, Reyes, Generales, Maestros de campo y tratadistas, de consuno, en los buenos tiempos de esta Infantería inmortal, de que en las feroces familias militares llamadas Tercios, Coronelías ó Banderas, fuesen, así la disciplina como la instrucción y el proceder en la batalla, cual de hombres en cuyos pechos jamás podían echar raíces las pasiones de bajamaneros, bellacones y gentualla de la hampa, siquiera tuvieran que codearse con tal cual rufián de laya picaresca y ratera, como solían serlo cuantos, al igual que hoy, figuraban en la aventajada y sonante clase de atambores, de pífanos y de clarines.

Toda la legislación del período ascendente de nuestra

(1) Cánovas del Castillo: *Estudios del reinado de Felipe IV*. Tomo II, páginas 37 y 38.

gloria militar se encamina á purgar, escardar, refundir, mejorar, retemplar y enaltecer los viejos Tercios primeros de Lombardía, Nápoles, Sicilia y Málaga, así como sus escuelas y ensanches después, á medida que el brazo de nuestras conquistas se dilataba á través del mundo todo, llevando por él el habla castellana, tan sonora, rica y brillante ya, cual los aceros forjados y pulimentados también por la virtud de las aguas, que braman y espumean al chocar sobre la «peñascosa pesadumbre» donde levanta sus torres y cortinas almenadas el Alcázar toledano.

Ya la cesárea previsión del único soberano guerrero de la España moderna cuidó, en la Ordenanza dictada en Génova á 5 de Diciembre de 1536, de la calidad de los capitanes de Infantería española, y de que en sus filas «no haya ningún soldado de otra nación, excepto pifanos y atambores».

Lo propio ordenaba y mandaba desde Toledo, en Diciembre de 1560, su hijo Felipe II.

Pero más y mejor que en la documentación oficial del período, hablan, reflejan ó delinean á los veteranos coetáneos de Cervantes, los Maestros de campo, Capitanes y soldados que sobre su organización, vida y hechos escribieron. Por la pluma de todos ellos resulta exaltado con fortaleza varonil y castiza el individual sentimiento del honor y el empuje colectivo de nuestra raza, cuando por su ventura, las más de las veces lacerada, ha merecido tener á su frente cabezas y corazones como aquellos que sustentaron los discípulos de Gonzalo de Córdoba, primero; los de Alba y de Farnesio, después.

Branthôme, con su envidiable espíritu de observación, nos ha dejado detalles preciosos que esmaltan la silueta, siempre grave y avellanada, de aquellos soldados, tal como brota de nuestros clásicos y cual se ve en la pintura de la época, y más acentuadamente aún en los grabados que, archivados, esperan Mecenas que los saquen á luz de los estantes de nuestra Biblioteca Nacional, y en tal cual agua fuerte ó estampa Hooge, de Hogenberg y de Dolendo.

La marcialidad y pujanza externa de los Tercios, producto de la apostura y del garbo de sus coseletes, arcabu-

ceros y mosqueteros, enamoraron á aquel atractivo historiador, como enamoraron igualmente al duque de Humene, su compatriota, singularmente al ver las bizarrías de forma y de fondo del Tercio de D. Agustín Messia, de tan noble estirpe, con su Sargento Mayor Hernán Tello de Portocarrero, el gentil sorprendedor de Amiens, á su cabeza, hidalgo calificado que, según Coloma, aunque era hombre de muy pequeña estatura, boquirrubio, seco y enjuto, «fué harto virtuoso para soldado».

Aquel gran aristócrata francés se admiró justamente de tamaños guerreros, al verlos concentrarse durante una marcha, escuadronar certeros y ágiles y dar cara, á pesar de no ser en junto sino 1.500 plazas (1), á 4.000 caballos franceses mandados por el propio Enrique IV. Y tanto fué su entusiasmo, que según cuenta algún escritor, tomó una pica, exclamando: *Que prefería ser infante de D. Agustín á mandar Ejércitos*. Arranque marcial que coincide con el de Branthôme cuando describe cómo él vió pasar por la Lorena aquellos Tercios de soldados arrogantes, de bella gracia, vestidos con galas vistosas, que á la menor escaramuza ó encuentro gritaban para que hiciesen una manga ó guerrilla, por el frente ó por el flanco, y para las cuales resultaban impotentes los piqueros. *¡Salgan, salgan los mosqueteros; afuera, afuera, adelante los mosqueteros!...*

Don Sancho de Londoño expresa viril y ásperamente, como él y su escuela eran á la postre, toda la grandeza moral de aquella Infantería renacida gallardamente por el genio de Gonzalo de Córdoba, como nervio del Ejército cuando nuestro Gran Capitán puso cátedra de estrategia y de táctica en las orillas del Garellano, aumentada y mejorada después por manos tan inteligentes y tan firmes como las de los Maestros del Emperador y de Felipe II, los Valdés, los Romero, los Bobadilla, los Verdugo, los Dávila, los Mondragón, los Zúñiga, los Bracamonte, los Zapata y los Martínez de Leyva, entre los cuales merece puesto de honor

(1) Este número da Clonard, que facilita bastantes datos de este Tercio. *Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería*. Tomo III. Cánovas, en el apéndice del tomo antes citado, los eleva á 1.800 infantes.

Londoño, por su férrea carrera y por un libro sobremanera severo y exacto en lo tocante á la vida militar (1).

«Porque entre la Infantería española—escribe—anda siempre mucha gente noble y principal, no se les debe impedir, á lo menos, que por cada cien soldados haya doce caballos en que puedan caminar los tales, ayudar á los cansados é ir expeditamente á cosas que requieran más presteza de lo que puede hacer un hombre á pie.»

Cuando los Maestres de Campo, Capitanes ó Alféreces se veían maltratados por la fortuna, iban á depurar su honor y á recobrar su fama, reparando al par la carrera, en las filas de un Tercio de Infantería, terciando la pica ó embrazando el arcabuz; en las hileras de cabeza de ellos, marchaban á las veces señores de hábito, ó sean, cruzados de las linajudas órdenes militares; en otras, hidalgos de cortos menesteres y de sangre hirviente, huídos por amoríos, desengaños de la corte ó rencores locales, cual aquellos ya citados: Isunza y Gamboa, Rodolfo y Vidriera; ó vivos y efectivos, por atracción de aquella escuela de honor y de brío, como un duque de Pastrana en Flandes, «debajo de la mano del duque de Parma, el hijo del de Parma, *también con su pica* en la Infantería española; en Portugal el del Infantado *con plaza de cuatro escudos*; al marqués del Vasto y de Pescara *yo les vi entrar la primera guardia de soldado en Barcelona* (2)» y pocos años después un D. Bernardino de Ayala, conde de Villalva, insigne representante de la nobleza de entonces, aventurera, camorrista, peleadora y torera, que luego de justar reses bravías en el coso, de requebrar, hendir, rajar y moler corazones y haciendas, sabía morir por su Patria y por su Rey echando balas en su arcabuz y disparándole valentísimamente, metida en fila con villanos y menestrales, ennoblecidos ya por el humo de la pólvora, en servicio también de su Patria y de su Rey.

(1) *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar á mejor y antiguo estado*, por D. Sancho de Londoño, Maestre de Campo. Dirigido al ilustrísimo y excelentísimo príncipe y señor D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, etc., Lugarteniente General de Su Majestad y su Gobernador en los Estados de Flandes. Bruselas, 1587.

(2) D. Francisco Ventura de la Sala y Abarca. *Después de Dios la primera obligación y gloria de las órdenes militares*. Nápoles, 1861.

Guzmanes les llamaban primates y vulgo, noveladores y autores de comedias. Tal mote soldadesco, resultaba emblema de la condición altiva y pujante de tan memorable tropa. Porque la honra individual del peón castellanq establecida en las leyes, viva en las costumbres, ensalzada en los tratados profesionales y poetizada en la escena, resultaba como el nervio de su existencia. Para echar de un Tercio á cualquier coselete ó arcabucero, en los buenos tiempos, era menester que fuese reñidor, rufanesco, tornillero ó Santelmo, que vendiese sus armas y sus arreos, tahir fullero y desollador de pagas y escarcelas; para pasarle por las picas bastaba con que en la batalla, acorralados seis, diez, una escuadra de peones españoles, alguno volviese la espalda abandonando á sus camaradas en el duro trance y rasgando «como bujarrón mujeril» los paños de la bandera del Tercio.

Cualesquiera que sean los tiempos de auge, de bizarrear, de murria y de decadencia, tratadistas, poetas y escritores coinciden exaltando el sentimiento del honor personal de ese soldado sin semejante en el orbe. «En todo debe respetar á su oficial, *salvo en tiempo que le quitare su honra con su mujer, ó sobre interés de juego que le diere puñada ó mentira, á otra cualquier afrenta, que en tal caso, no le ha de conocer obediencia como á oficial, porque no le trata sino como enemigo suyo que le quita la honra y como tal pierde el respeto y le descalabra si puede*, PORQUE SIN HONRA NO PUEDE SERVIR Á SU REY NI PARECER ENTRE GENTES» (1).

Y Londoño á su vez, justificando el derecho con que cada uno de aquellos españoles se consideraba, luego de acudir al redoble de atambor, á la charla del Alférez ó á las chocarrerías del sargento, que levantaban las compañías en los villorrios de las entrañas de Castilla, dice que los Capitanes «no los han de despedir sin causa legítima, no herirlos ni maltratarlos sino cuando no pudieran ser presos, y el caso pida que sean castigados en la fragancia del deli-

(1) Martín de Eguiluz. *Milicia, discurso y regla del Capitán Martin de Eguiluz Bizcaíno*, dividida en dos libros... Dirigido al Rey D. Felipe nuestro señor. Madrid, Luis Sánchez, 1598.

to, y entonces ha de ser con espada, de manera que no maten ni manquen». Concepto de castigo corporal-militar, que casi dos siglos después retoña nada menos que en el cuerpo de *junkers* prusianos del Rey Sargento y de Federico el Incomparable, cuando la guerra comienza á mostrar sus albores de lucha de pueblos, rápida, sangrienta y resolutiva, que había de recibir formas gigantescas, ya típicas de toda la era moderna, preparada por la Revolución y bajo la mano titánica de Napoleón el Grande.

Ambos guerreros, de acuerdo, estampan como base y acicate del servicio, el ansia honrada de ser, de mandar y de lucir en gloria y provecho de Dios y del Rëy. El soldado, declara el *Vizcaíno*, «debe tratar con gente principal y de buen vivir y fama, y será honrado como ellos y si algún vicio ó mala inclinación tiene, se le quitará, viendo como se gobiernan los otros. Métasele en la cabeza que ha de ser capitán, aunque no todos lo pueden ser, ni son para ello, pero acertará mejor á gobernarse. Y considerará que nuestros antepasados que han sido Capitanes y Maestres de Campo, no nacieron con los cargos, sino con su buen ánimo y diligencia y bien servir, honradamente los alcanzaron;» todo lo cual lo sintetiza el Maestro de Campo del Tercio de Lombardía, escribiendo: «Que sean los soldados aventajados, muy aptos al manejo de las armas. Deben también vivir con esperanza de pasar adelante, según los méritos de cada uno...»

La hermosa doctrina, eterna como evangélica verdad, patrimonio hoy de los buenos Ejércitos, que sustentaron aquellos doctos soldados y que estaba en la sangre de las huestes dominadoras del mundo, lleva la sanción de los ingenios más canos y peregrinos de la época, cual Coloma, Don Bernardino de Mendoza y el gran Don Diego Hurtado de Mendoza, caudillos calificados, que por haber puesto mano en los fragores de la campaña rasa, en los mandos de Tercio ó de Ejército, en el gobierno de Virreinos y en cometidos políticos y diplomáticos bien intrincados, representan alta y suprema autoridad, lo mismo para castrenses que para civiles.

Eran ya los días en que se iniciaban con trazo visible,

todas las lacerías de la política dinástica y metropolitana en los Países Bajos. El Tercio de Nápoles mandado por

...el famoso
gran Don Sancho de Leiva, cuya espada
y pluma harán á Delio venturoso

.....

siguiendo la frase empleada en el *Viaje del Parnaso*, yacía arrinconado, hambriento, y como afirma Estrada, «siendo ludibrio y casi despojo» allá, en las soledades de Bomel, de las turbas flamencas que le odiaban porque se reconocían impotentes para vencerle, y del enemigo armado que acechaba rabioso el momento de verle aniquilado por la miseria. Antes que sucumbir ahogados por la vergüenza del insulto, ó gastados por la acción mortífera del hambre, los soldados del Tercio hicieron motín contra el Gobernador, Conde de Mansfeld. Hubo, como consecuencia, que disolver aquella tropa heroica, indómita, indomable y ardiente ante la injusticia, la pusilanimidad y las balas, sin que fueran parte á impedirlo los ruegos del Príncipe de Ascoli y del Duque de Pastrana, que se honraban llevando la pica en clase de coseletes del Tercio. El Maestre de Campo Don Sancho, formó en batalla su tropa y haciendo salir al frente al abanderado Sarmiento, gritó, con voz saturada de emoción y de lágrimas:

«—Ea, batid la bandera y plegadla, pues ya de agora, nunca irá delante del Tercio Viejo.»

Lloraban también aquellos veteranos, á quienes por sus proezas y virtudes guerreras, llamaron, el Gran Don Hernando de Toledo, como el Sr. Don Juan de Austria, «magníficos señores hijos, los soldados y Capitanes de la Infantería Española».

¿Qué mucho que con tal consorcio de bríos, con esfuerzos y arrestos tamaños, de magnates y de plebeyos, de señores y villanos, constituyendo la que bien pudiera decirse *democracia del honor* en el campamento y en la guerra, qué mucho digo, que Cervantes, con alma gallarda y jugosa, sintiera la vida de la soldadesca, por modo tan íntimo y tan gozosamente, pregonando á fuer de leal amator de la

bandera, «que no hay cosa en la tierra más honrada ni de más provecho, que servir á Dios primeramente y luego á su Rey y Señor natural, especialmente en el ejercicio de las Armas»?

Lo que causa, en verdad, desesperante y fiera rabia, es, que aquella madura consideración que Carriazo y Avendaño exponían desde la fuente de Argales al buen Pedro Alonso, de considerar «cuan más propias son de los Caballeros las Armas que las Letras», disponiéndose picarescamente para caminar á Flandes, siendo así que pensaban en los regodeos de las almadrabas zahareñas, «*finiþusterre*» de la jacarandina, fuera á los pocos años mera palabrería, ya que no burla, para gran parte de nuestra nobleza rancia, ganosa en los tristes días de Felipe IV, de la equivalencia á la pesca de los atunes de los dos gentiles mozos burgaleses, es á saber: de los virreinos de Ultramar á los que iban con talante risueño los herederos de nombres guerreros, en tanto que el peso de las armas le llevaban aquí en la península, en Flandes, en Portugal y en Italia, los pobres villanos de Castilla, regidos, ¡vergüenza y pena produce el recordarlo!, por Generales y Capitanes extranjeros, aventureros, *condottieri*, como Melo, Torrecusa, Isembourg, Canelmo y Don Felipe de Silva. ¡Tan bajo había caído el mando de nuestros Ejércitos!

Por algo tuvieron que poner mano así el Consejo de Castilla como el Conde Duque, para mover hacia la guerra á la solariega nobleza española. Lo que, en conclusión, faltó al precipitarse en sus ruinas la supremacía militar del siglo xvi, fueron Estados mayores, cabezas que atajaran y adornaran «honestamente», por lo menos, la caída. Porque sin preparación y sin mando, todavía dieciseis años después de la rota de Rocroy, el peón de Cervantes hizo pagar caro á Turena su victoria en las Dunas de Dunquerque, en donde de los españoles del tercio de Bonifaz se salvaron pocos, «porque se condujeron como un hombre de honor», según consta en las Memorias del destronado rey de Inglaterra.

Sí; aun entre las cenizas del viejo Tercio, con bisoños, peor pagados y alimentados que los camaradas de Marcos de Isaba, cuando había ocasión de cruzar las picas con el

enemigo ó de *correr la pólvora* de España, como decían nuestros infantes, el villano se transformaba en caballero, y picando en héroe, mostraba su altiva filiación de heredero legítimo del *señor soldado* de Alemania y de Flandes, cuya semblanza moral y guerrera tan primorosamente diseñó Cervantes.

¿Recordáis la sabrosa cuanto fiel pintura que hace Cervantes, valiéndose del perro Berganza, de la marcha de una compañía de soldados desde Mairena á Cartagena? Ella, como por la mano, nos va á llevar al centro mismo de la soldadesca inmortal, con sus hábitos, sus marrullerías y sus vicios.

Un capitán mozo, de buen parecer y buen talle, discreto caballero y gran cristiano, D. Diego de Valdivia, por ejemplo, alcanza del Señor Rey D. Felipe una *conducta*, por la que hace saber «á los concejos, justicias, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y omes buenos de todas las cibdades, villas y lugares de sus reinos, que para algunas cosas cumplideras al servicio de Dios nuestro Señor y maestro, y bien de estos nuestros reinos y estados, habemos acordado de mandar hacer en ellos cierta gente de Infantería y para recibir á nuestro sueldo hasta trescientos soldados, habemos dado comisión, como por la presente la damos á D. Diego de Valdivia, nuestro Capitán; por ende nos vos mandamos que cada uno de vos deis y hagais dar al dicho Capitán todo el favor y ayuda que hobiere menester para hacer la dicha gente, á la qual por la presente prometemos y aseguramos que siendo recibida por él á nuestro sueldo por ante escribano, les mandaremos pagar y les será pagado el sueldo que hubieren de haber del tiempo que residieran en nuestro servicio segun y como lo asentare el dicho Capitán, al qual y á la dicha gente que así ficiere hareis aposentar cada uno de vos en vuestros lugares y jurisdicciones, sin les llevar por el dicho aposento dineros ni otra cosa alguna, y no os revolvais ni consintais revolver ruidos ni quistiones algunas con ellos, antes les hagais todo buen tratamiento como gente que va y ha de residir en nuestro servicio, haciéndoles dar por sus dineros los bastimentos y bes-

tias de guía y otras cosas que hobieren menester á precios justos y razonables, sin que los encarecer más de como entre vosotros valieren, é non fagades endial. Dado en Valladolid..., *Yo, el Rey.*»

Con un alférez, veterano ó recién salido de la corte y del tinelo, un sargento mohatrero y sagaz, aunque grande arriero de compañías, un atambor aforrado de rufián y con sus puntas de caco, casi siempre gorgojo del pan y esponja del vino; el capitán, montado en redondo cuartago, aderezado vistosa y bizarramente de camino y con la bolsa repleta de escudos, entra por tierra adentro de Andalucía ó de Castilla.

A su requerimiento, el alcalde acude á su posada; al ruido de la caja, el pueblo se congrega so los portales de la plaza del lugar donde el atambor muestra sus mañas y su destreza y el sargento pregona la liberalidad y gentileza del capitán, los encantos de la vida suelta del soldado, los gozos y los deleites que guarda el servicio de Su Majestad y el honor que recibe quien toma sus banderas, porque «vale más tener por amo y por Señor al Rey y servirle en la guerra, que no á un pelón en la corte». Cuanto más á un hidalgo ó pegujalero dé aldea.

Los primeros en acudir, acaso, son los rufianes churrulleros del lugar y aventureros de tránsito, que al mismo tiempo de hacer compás al trabajo de reclutador y enganche del sargento, cortejan y rinden á las mozas, que se dejan llamar por el redoble del parche, y mejor, por el tufillo á hombruno que despiden aquellos vistosos, sonoros y decidores señorones. Ellas van dispuestas á todo, pues á la postre como garrapateaba Teresa á Sancho, á todo rigor y evento después, «no faltará quien las tome por mujeres, con sus tachas buenas ó malas».

Allí el bonísimo ingenio, el bizarrear discreto, el derroche de bernardinas y de argucias de atambor, rufianes y sargento. Y como las lenguas se pegan á los paladares de tanta charla, y los maravedís no escasean, se trasiega en la taberna de enfrente, sin hacer aspavientos, al Ciudad Real recio y espeso, ni al Guadalcanal espumoso y ligero, al Coca ni al Madrigal, claretos y refrescantes...

Si por ventura se topa con algún graduado por Sigüenza ó por Osuna, ó con hidalgo de pobres menesteres y de fantasmagóricas querellas, allí también de la palabrería del alferez ó de la grave y discreta arenga del capitán «para alabar la vida de la soldadesca, pintando muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías; dibujando dulce y puntualmente el *aconcha patrón; pasa acá manigolgo; venga la macarela, li palastri é li macarroni*; poniendo las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado y de la libertad de Italia; pero no diciendo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruína de las minas, con otras cosas de este jaez que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca y con la carga principal de ella». En resolución, que aun tratándose de sujeto tan apersonado y discreto como Tomás Rodaja, la escasa afición se encendía y la voluntad comenzaba á rendirse hacia aquella vida «que tan cerca tiene la muerte».

Si en el camino se topa con algún rehacio socarrón, bachiller ó licenciado, la plática se eleva de puntos y el alfez declara *urbi et orbe* que el capitán de infantería por Su Majestad, presente allí, con tizona rabitiesa y de brava historia, se honra con ser compañero de sus soldados, que toda la nobleza española que sirve á su Rey, acude á la Infantería, cuyas compañías están llenas de caballeros é hijosdalgo. Que ya el peón y arcabucero lleva para su comodidad horquillas con posador é hinea-romero de fierro; declara y realza las proezas del Maestre de Campo, la bondad de los arcabuces de Milán y de los nuevos del vizcaíno, Juan Ibáñez de Churruca, «ligeros» de 21 libras y 4 onzas de Castilla, con doble mecha y un par de frascos como para subir á coste de 46 reales y 5 maravedís (1); pondera que las pagas no escasean gracias á la previsión del Serenísimo Príncipe de Parma y que, la liberalidad del capitán llega á extremo tan generoso, que tal puede correr el dado, si su

(1) Barado.—*Museo Militar*.—Tomo II.

proceder lo abona y requiere, que podría en temporadas figurar como plaza supuesta ó soldado *de clavo*, granjeándose los escudos de ventaja para refocilarse en las succulentas «tratorías» del Milanesado ó ya en las oscuras cuevas y bodegones de la opulenta Amberes, cita y refugio de holandesas rubias y nacaradas.

Rueda la primera escuadra y aumenta la compañía su tropa, vestida galanamente ya con medias calzas de estambre arpillero, calzas acuchilladas y jubón ó colete de angeo, gorra ó morrión reluciente; colores, aposturas y donaires que llevan tras sí los apetitos de las D.^a Tolosas y D.^a Molineras, andariegas y embaidoras, para las cuales los tres escudos de anticipo de la paga mensual, más lo garbeado con industria en mesones, alojamientos, mandrachos, burdeles, leoneras y aun ermitas de Dios y de Baco, son cebo rico y gustoso que rinde sus blandas voluntades.

La compañía está presta en Cartagena para embarcar en cuatro galeras napolitanas que habían de zarpar luego; más, en la lista de presente, hecha por el sargento, pese á su sagacidad y mohatrería, faltan algunos bellacones y rufianes, los más amartelados amigachos del atambor. Y lo peor es, que se desgarraron con la ropilla, las plumas y las galas, con las cuales desirviendo á Dios y al Rey, irán por pueblos y casas de estado, rodando y garbeando para hacer par, en calidad de papagayos, á los titereros, peregrinos, lisiados falsos y cicateruelos de la morralla plazuelera.

Las «relaciones» de los soldados escritores ó escriboreadores, que hicieron la travesía del Mediterráneo, cuando aún nuestras flotas le señoreaban y no había surgido el triste y difícilísimo problema encerrado en la frase «poner una pica en Flandes», están llenas de noticias referentes á las incidencias, más molestas que gustosas, de la navegación. Nuestro Rodaja, convencido por las artes y la presancia del capitán gentilhombre, toma puesto en «una de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan los chinchos, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas». A los de ánimo flaco, ponían «temor las grandes borrascas y tor-

mentas del golfo de León», que solían echar las naos sobre Córcega ó ya sobre Tolón y la mar morisca.

Más á la postre, con bascas, morriña y sudores «trasnochados, mojados y con ojeras, llegaron á la hermosa y bellísima ciudad de Génova, y desembarcándose en su recojido mandrache, después de haber visitado una iglesia, dió el capitán con todos sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas, con el presente *gaudeamus*».

«Allí conocieron la suavidad del Treviano, el grande valor del monte Frascón, la Ninerca del Asperino, la generosidad de los dos griegos de Candía y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Garnacha, la gran rusticidad de la chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí sin usar de tropelía, ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente á Madrigal, Coca, Alaejos y á la imperial más que real ciudad, recámara del Dios de la risa; ofreció á Esquivias, á Alanís, á Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se olvidase de Rivadavia y de Descargamaria. Finalmente, más vinos nombró el huésped y más les dió, que puede tener en sus bodegas el mismo Baco.»

Tenía nuestra soldadesca famosa las escuelas tácticas, donde escuadronaba y lucía su arte en el manejo del mosquete y de la pica, en las tierras tibias y excitantes de Sicilia y de Nápoles, desde las que, por la Romanía y la Toscana, iban las banderas ó las compañías instruidas, á llenar ó reparar los Tercios viejos del Milanesado, de Alemania y de Flandes, atravesando para ello comarcas hostiles á nuestra dominación, ó las provincias imperiales católicas, según los periodos y los casos. Allá se daban incipientes, hasta crecer é inundar todo el país, las pullas, los insultos y el odio de los naturales contra el dominador, quien por su parte, tampoco escatimaba vejámenes, groserías y abusos de todo linaje, de que están llenos los *Diálogos* y *Discursos*, las *Vidas* y las *Relaciones* autobiográficas del sesudo y sentencioso Diego Núñez Alba, del galán fanfarrón y

afortunado Miguel de Castro, del inverosímil Pedro Ordóñez de Ceballos, y del desaliñado aunque más puntual, Alonso de Contreras, aparte, claro es, las historias y novelas consagradas por la crítica y tomadas como elementos de calidad en cualquier matalotaje literario.

Henos ya en rasa campaña, bregando y luchando entre diques y canales sobre pantanos inclementes, en medio de luteranos y rebeldes.

Un camarada de Cervantes en el Tercio de Moncada, Marcos de Isaba (1), y el mismo Miguel en la segunda parte de su *Don Quijote*, nos van á llenar la medida en esto de las lacerías que ya carcomían el Estado militar del católico Rey, y en lo de la vida guerrera y hazañosa de las huestes hasta entonces y aun en mucho tiempo después invencibles.

¡Estábamos plenamente en la gradación establecida más tarde por Schiller en su *guerra de los Treinta años, de temibles, temidos, aborrecidos!*

Como entre todos los soldados del mundo no hubo ninguno más pobre en la misma pobreza, porque estaba atenido á la miseria de su paga, que llegaba tarde ó nunca, ó á lo que garbease con sus manos, iba, á la vez que desnudo, con un colete acuchillado que le servía de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se solía reparar de la inclemencia del cielo, estando en la campaña rasa con solo el aliento de su boca, que como salía de lugar vacío tenía él por averiguado que debía de salir frío contra toda naturaleza, «con un arcabuz mal hecho y una media viga por caja, roto el punto, serpentina y el frasco hecho pedazos, y el que llevaba la pica, tuerta y sin hierros, corta y á veces rota: otras veces desarmados, que quien los viera no juzgaría que iban á ser soldados y á servir á tan gran Señor y tan gran Rey, sino á labrar y cultivar las haciendas de aquellos á quien estos soldados han de defender y guardar».

(1) «Cuerpo enfermo de la Milicia española, con discursos y avisos para que pueda ser curado, útiles y de provecho.» Compuesto por el Capitán Marcos de Isaba, castellano de Capua, acobado por el teniente Miguel Guerrero de Casada á cuyo cargo estuvo el castillo de la ciudad de Capua. El cual desea el servicio de Su Majestad, la quietud y reposo de sus súbditos y vasallos y el acrecentamiento y reputación y buena disciplina de esta valerosa nación. Madrid, 1594.

Tales duras realidades, entraña de todas las desventuras de nuestra dominación y de nuestras armas en el mundo, daban en tierra con cuantas seducciones, fantasmagorías y gentilezas había forjado la imaginación soñadora de la España del siglo xvi. El perpetuo mal de la Hacienda y de la Administración, particularmente de la metropolitana, hacía é hizo estériles las bizarrerías y hazañas del soldado español de la vieja Infantería, por más que él constituya el tipo acabado del temple, del brío y de los vicios de la raza.

A la guerra me lleva
mi necesidad,
si tuviera dinero
no fuera en verdad.

Si el mancebillo volaba acuciado por el hambre á la pelea, allí, en el seno del Tercio viejo, trocaba su villanía por el humillo de clase, realzado y abonado siempre por el heroísmo de las personas, no regateando jamás riesgos, sacrificios, esfuerzos, sangre y vida. Cuantas tretas de indisciplina, de crueldad, de ira, de avasallamiento indómito y salvaje de que más de una vez dieron señales los Tercios, hijas eran de las faltas de sus Reyes y Gobernantes, que nunca, nunca, nunca, ni entonces ni después, acertaron á crear Instituciones, á constituir guerras, á prepararlas y á iniciarlas.

Porque, aun en el punto sonado y clásico de los MOTINES, ¿de qué nacieron sino de la carencia de dineros que llegó al extremo de tener á las feroces *vieilles bandes* de Cousin sin ver un escudo durante dos y tres años, abandonadas en la remota Frisia ó en la cruel Zelanda, devoradas por el hambre, escarnecidas por un populacho cobarde, que no las había podido jamás domeñar ni aun vencer?

¿Qué tenían que hacer hombres de sangre generosa y cálida, que llevaban balas en la bolsa y pólvora en el frasco, y sabían á falta de capitanes naturales, serlo cada uno de los demás?

La filosofía suicida y negra de toda nuestra máquina militar y dominadora la traza por modo suave, genial, maravilloso, quien la padeció largos años de soldado, en su

Discurso de las Letras y las Armas, siempre nuevo y admirable. ¡Qué mucho que sobrevinieran tantos quebrantos y desastres sobre el sufrido pueblo español, que daba su alma en el honor con que mantuvo sus quiméricos sueños de grandeza y su existencia en el tesón sangriento con que disputó al Universo, la triste posesión del suelo conquistado, descubierto ó adquirido!

Y todavía, como cuidó de advertir aquel gran soldado cuanto político y hombre de letras D. Bernardino de Mendoza, la costumbre de nuestros Tercios «era diferente de las de los de otras naciones que pedían las pagas antes de ir á pelear y al tiempo de venir á las manos con los enemigos, *porque los nuestros sólo reclamaban lo que se les debía DESPUÉS DE HABER COMBATIDO*».

Aunque desabrido y bilioso, Isaba, cual Núñez de Alba en su libro señala, exagerando, las llagas «que comenzaban á devorar la energía inmensa de la noble Infantería de Su Magestad».

«Un soldado que haya vivido por acá mal y dado ruin cuenta de sí, huyó de alguna batalla, se hizo enfermo por no ir á la guerra, ha recibido alguna afrenta, jugó las armas, fué principio de algún motín, gran blasfemador, sospechoso cristiano, y que de puro temor ó desechado se vaya en España y cuando no se piensa se venga por capitán con una compañía en Italia, Flandes ó Armada, que sea causa por acá de grande espanto ó maravilla; y quien sea parte para esta elección y hace tal persona capitán, sea un Secretario ú otro alguno del Consejo, por parentesco ó amistad de personas...»

Que, en mejor romance, es lo que al gran Hidalgo Manchego dice el mancebito: «Si yo hubiera servido á algún grande de España ó algún principal personaje, á buen seguro que yo llevara ventajas que no tiene el servir á los buenos; que del tinelo *suelen salir á ser alféreces ó capitanes*.» De suerte que aquella dura y virtuosa escuela de Alemania y Flandes, que exigía por lo menos diez años de servicio en guerra viva para la capitania, llevando el arcabuz ó la pica y más tarde la banda y la alabarda, antes de acariciar la jineta, había venido á ser palenque de la intriga y feudo de la enfadosa, mala, roedora y funesta recomenda-

ción que en el día constituye el feroz cáncer, que padecemos por nuestros pecados.

¡Por algo las Ordenanzas de 1603 y posteriores, acuden con remedios empíricos y ruines, para atajar un mal que prende en casi todos los organismos del Estado español, hoy para perdición y pesimismo, con más fuerza que nunca, es á saber: el de reducir, mediante flaquezas y trampantojos, núcleos de servidores de honra y gala, á meros asilos de egoistas ó de frailunos menesterosos!

El espíritu genuinamente noble, á fuer de militar, de Miguel de Cervantes, que había saboreado la vida generosa y grande de la inmortal soldadesca heredera de la de San Quintín, en Lepanto y en las Terceras, con Generales del calibre de Don Alvaro y de Don Juan, se revolvió contra la visible decadencia del gallardo ejercicio. Y apaciblemente, con la tranquilidad cautivadora de los corazones viriles, abre por su boca el libro de la sana doctrina guerrera, diciendo al pajecillo: «No hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho, que servir á Dios primeramente y luego á su Rey y Señor natural, especialmente en el ejercicio de las Armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, á lo menos más honra que por las Letras, como yo tengo dicho muchas veces; qué puesto que han fundado más mayorazgos las Letras que las Armas, todavía llevan un no sé qué los de las Armas á los de las Letras, con un si sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos, y es, que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso Emperador romano, cual era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista; y aunque respondió como gentil y ageno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano, que puesto caso que os maten en la primera facción y refriega, ó ya de un tiro de Artillería, ó volado de una mina, ¿qué importa? Todo es morir, y acabóse la

obra, y según Terencio, más bien parece el soldado en la batalla, que vivo y salvo en la huida; y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandarle pueden; y advertid, hijo, que al soldado, mejor le está el oler á pólvora que á algalia, y que si la vejez os coje en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo menos no os podrá coger sin honra, y tal, que no os la podrá menos cabar la pobreza; cuanto más, que ya se va dando orden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir...»

No hay, no, en la historia del gran siglo militar de España, hijo más predilecto de las armas y de las letras.

Jamás, en su copiosa producción literaria, Miguel de Cervantes deja de reflejar su alma de soldado, ora en acentos de hermosa y levantada admiración hacia la estrechez, riguridad, virtud y gloria de la Milicia, ya en frases de cariño ó alusiones benévolas y respetuosas para camaradas ó superiores. ¡Qué hermosísimas las referencias de D. Alvaro de Bazán y del Sr. D. Juan de Austria!

Pero ya en la vida de camarada, de la guerra viva, de la campaña rasa, ni Garcilaso, ni el capitán Aldana, ni Gutiérrez de Cetina, ni Cristóbal de Virués, ni

... el magno Andrés Rey de Artieda,
no por la edad descaecido ó laso,
.....

ni aun el propio D. Alonso de Ercilla, tuvieron para los peones homéricos, sus compañeros, las frases y el amor que el pobre mancebo arcabucero de D. Diego de Urbina.

¡Qué modos tan delicados emplea para dorar las supercherías de laya degenerada del *alférez* Campuzano! ¡Y qué donairoosamente pinta los quebrantos de la carga de bubas, granjeada en Valladolid por tan socarrón buscavidas! *Soldado* violador, pero caballeresco y reparador al cabo, el toledano que engendra al gentil Luisico; *soldado* violento y largo de manos, pero sin puntas de recalcitrante bravu-

cón, el que abofetea al gitanico Andrés Caballero; *soldado* al principio y al fin de su actividad madura, el simpático Tomás Rodaja; aspirantes á *soldados* los dos más hidalgos, estudiantes de la Universidad de Bolonia; *soldados* de mohatra trastejados, otros dos mozos caballeros, los mejor nacidos de cuantos recibieron el bautismo en las cofradías de pícaros redomados, de las Ventillas toledanas, del Potro Cordobés y de las Barbacanas de Sevilla.

Los únicos á quienes temen los mozos de mulas que tienen mucho «de ruñanes, su punto de cacos y un si es no es de truhanes,» son *soldados*; los mejor librados del despojo de los bandoleros de Roque Guinart, son los dos *capitanes* de Infantería que van con orden de pasar á Sicilia, á quienes por cortesía pide prestados sesenta escudos, y eso por tener que contentar á los gascones y catalanes de la cuadrilla; pese á la gentualla maleante que vejeta y rueda por Europa, ya en los Tercios ó bien sueltos, bajo el coselete ó el herreuelo, jamás tiene para ellos apercebida su pluma, bien tajada y puntual cuando se trata de mesoneros, pajes, dueñas, escuderos, esportilleros, mandilejos, cicateruelos, jayanes, tullidos falsos y cuantos encierra la caterva de pícaros de andrajo ó de tizona...) Y para colmo de su devoción y respeto á la vida militar de su tiempo, está el perdón al buen *capitán* D. Jerónimo de Urrea, por su mísera traducción métrica del *Orlando* de Ariosto, perdón que hoy le otorgarían también muchos espíritus serenos, como premio al que por atajar la matonería y guapeza de los que asaltaron desde primera hora las filas de la Infantería española, «derreputándola» y envileciendo la fiereza y el puntillo de casta, dió á la estampa, con el crédito que otorga una vida de *soldado* valentísimo y digno, su *Diálogo de la verdadera honra militar* (1).

Pedia Londoño, como tantos otros maestros de la invencible Milicia, que como en la guerra se deben excusar hombres casados, conviene que no los haya, pero *debe permi-*

(1) Venecia, 1566.—Primera edición.

tirse que, por evitar mayores inconvenientes, haya por cada cien, ocho mujeres y que éstas sean comunes á todos...

Los señores soldados á quienes se dirigian en trances amargos ó dificiles los Vasto, los Borbón, los Alba y los Austria eran ricos y bienaventurados por la clase de vida viril y levantada de puntos que hacían. ¡Cómo no habían de ser sublimes iluminados del heroísmo y de la gentileza aquellos hombres que además de resultar la encarnación del honor individual, del brío y del patriotismo grande y ubérrimo, sentían halagados sus sentidos con el premio de la victoria y con el calor, la fragancia y las dulzuras de las cuatrocientas cortesanas á caballo, bellas y bravas, cual princesas de estirpe regia, más las ochocientas á pie, que según Branthôme marchaban en la Infantería española que el duque de Alba llevó á Flandes!

Todo iba en dichas huestes enderezado al mejor servicio de Dios y del Rey, imagen para ellas de la madre Patria. Por eso rayaban sus hechos en el límite de lo inconcebible: su misma fe, á diferencia de las gazmoñerías sacristanescas, mística-eróticas y frailunas de aquende, tenía un sabor varonil y marcial que brotaba en las horas de angustia ó de espasmo bélico, cual en las rabiosas del dique de Kowenstein al ver en las imaginaciones la figura del esforzado Pedro de Paz, caído antes en las bregas de Termonde. El alma religiosa y esclava del honor relampagueaba en aquel palenque donde, como nunca en la Historia, el coraje humano mostró su más pujante grandeza: *No cuida del honor ni estima la causa de Dios y del Rey quien no me siga*, gritaba Alejandro Farnesio á sus veteranos españoles, que con él á la cabeza, realizaron el empeño *que por sí constituye galar-dón de una raza* (1). Y aquellos hombres, jibaros en el valor, le siguieron y vencieron á las naves, á la Artillería, á la seta, á la masa y á las olas.

Los ingenios que mejor sintieron el amor á la bandera y á la raza, Puffendorf, refiriéndose á la batalla de Mülh-

(1) Barado, *Sitio de Amberes, dominación y guerra en los Países bajos*, este último trabajo, el más notable y completo de aquel período, en preparación.

berg; Cervantes, á la naval; Schiller á la jornada de Nördlingen, y Bossuet, á la rota de Rocroy, hicieron el elogio de ese peón admirable, de quien el subordinado de Urbana fué su representante más preclaro.

«Y lo que más es de admirar, que apenas uno ha caído donde no podrá levantarse hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si éste también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede SIN DAR TIEMPO AL TIEMPO DE SUS MUERTES»; grandiosas frases que sintetizan el esfuerzo titánico de un pueblo acreedor á más alta posesión del bien y de la gloria, que la alcanzada por el nuestro allende y aquende, y que realzan con mayor lúcido empuje las gallardías del Tercio Viejo, que las de Bossuet al ensalzar las bandas de Garcies, de Villalba y de Pérez de Peralta (1), en Rocroy, luego de ser cañoneados por Condé cual fortalezas humanas «que tenían la virtud de reparar sus brechas».

¡Grande, excelso peón castellano, eternizado por Don Quijote, tu glorificación cabal y bizarra; sin par Tercio de la vieja Infantería, combatido por la política de tus soberanos y gobernantes con mayor saña que por tus rivales, cual en tiempos más cercanos lo fueron también tus herederos insignes que bajo el mísero rayadillo mordieron rojos de ira, entre ciénagas, odios y maniguas, los despojos de un poderío colonial estúpidamente malgastado y perdido por la flaqueza y el egoísmo de la dirección social metropolitana... ¡No has muerto!

Se mantuvo el tesón mismo de la centuria XVI^a y relampagueó tu histórico coraje en el Caney y en San Juan, porque tu alma, el alma buena del soldado Miguel de Cervantes Saavedra, vivía dentro de tu ser, devorada ahora como entonces, por el ruín desencuadernamiento del cerebro directivo.

Vives tú y vivirás eternamente para gala del nombre español, si logras nutrir tu médula con el sentido común y con el patriotismo, con la doctrina, la nobleza y la virtud, que campean en todos los discreteos del clarividente *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

(1) *Tercios de Galicia, de Soria y de Zamora*, regimientos hoy de tales nombres.